

La actualidad de la trashumancia

En sucesivos escritos hemos ido configurando, a través de distintos aspectos, el Valle de Alcudia. En ellos hemos intentado, dentro de un mínimo rigor documental, divulgar algo de su historia, de sus rasgos insólitos, de su anecdotario popular. Así hemos visto un Valle de Alcudia minero recreando La Veredilla y otro Valle como zona de paso, recordando sus famosas ventas, problemática y picaresca incluidas. Es evidente que nos falta tocar, al menos, un aspecto de primera magnitud: la ganadería.

El aprovechamiento de las tierras de Alcudia para el ganado tenía tres modalidades: invernadero, montanera y agostadero, utilizadas fundamentalmente por sorianos, segovianos y conquenses. El invernadero duraba desde San Miguel (29 de septiembre) hasta el 30 de abril. El arrendamiento se hacía por medio de subasta pública, generalmente controlada por ganaderos fuertes pertenecientes a la Mesta. La montanera (aprovechamiento de la bellota) se hacía a partir de San Lucas (18 de octubre). En determinados momentos la bellota ha formado parte importante de la alimentación humana, cosa propia de una economía de subsistencia como en muchos períodos de su historia ha sido la del Valle de Alcudia. Como no se trataba solamente de que comiesen los cerdos, extraordinariamente importantes en la dieta rural, por otra parte, sino de comer las personas, no es nada extraño que las bellotas hayan supuesto hurtos, peleas y juicios a discreción y de todo ello queda constancia en los archivos de Almodóvar. El agostadero también solía traer problemas, ya que el arrendador principal (el invernadero) solía oponerse a que el de agostadero metiera los ganados. Normalmente los ganaderos de la zona eran los de agostadero y, como solían tener problemas económicos, se retrasaban en el pago de los arrendamientos. Los paisanos de Brazatortas se negaron a pagar, en

1713, al señor Andrés González, vecino de Almodóvar, los agostaderos, por lo cual el citado puso el grito en el cielo; y en el Ayuntamiento, que era peor.

Pero basta de historias. Vamos, como siempre, a buscar la vivencia, la persona. En esta ocasión protagoniza nuestro escrito Claudio Valdecantos García. Tiene 42 años, nació en un pueblecito de Soria y lleva en el Valle catorce años. Tiene arrendada la finca «Hoya Matilla», durante todo el año, y aunque reside habitualmente aquí, en Brazatortas, más de la mitad del ganado sigue transhumando, permaneciendo de agostadero sólo las que paren en verano. Le preguntamos sobre el asunto.

«Veo mal el futuro de la transhumancia. Es mucho dinero el que se gasta en viajes, arrendamiento, medicamentos, piensos. Y luego la venta es mala, la lana no vale nada, los intermediarios...», señala Claudio Valdecantos.

—Para, para, amigo Claudio. ¡Pero qué llorones sois la gente de campo! Si tenéis más millones...

—¿Llorones, eh?, ¿millonarios, verdad? Ven aquí, ignorante, que te voy a demostrar algunas cosas. ¿Sabes cuánto cuesta el arrendamiento de una finca de invernadero? Pues un promedio de 2.500 ptas. por oveja. El transporte, hasta Soria, 100 ptas. por cabeza. El año pasado me gasté más de treinta mil duros en medicamentos. Si calculamos sobre mil ovejas son precisos tres pastores. Echale más de dos millones a eso y, además, no los encuentras. ¿Vas haciendo cuentas?

—Sí, para cuentas estoy yo. Pero sólo me hablas de gastos. ¿Y los ingresos? Porque mil ovejas dan un montón de corderos. Y la lana.

—Si sales a un cordero por oveja te puedes dar por contento, el año pasado salieron sobre seis mil pesetas, y la lana a 150 el kilo. Cuenta, cuenta.

—Pues en el mercado no han debido enterarse de esos precios.

—Claro, porque el que se lleva el gato al agua es el intermediario. Yo creo que Ciudad Real, por lo menos en esta zona, es la única provincia que no tiene un día

de mercado, un día prefijado de compraventa donde se pudiesen informar los ganaderos de precios, características del mercado, etc.

—¿No habéis pensado en asociaros?

—Es difícil. Hace pocos años empezó a funcionar una cooperativa en Puertollano, pero se vino abajo por falta de organización.

—¿Y las subvenciones?

—Las subvenciones han estado, hasta el momento, poco vigiladas. Algunos, por ejemplo ciertos mataderos industriales, han cobrado varias veces por las mismas reses, mientras los ganaderos apenas se han beneficiado de ellas ¿Qué te parece de los llorones?

—Que me están dando ganas de llorar a mí, pero como me están mirando las ovejas no tengo ganas de que me imiten, que va a parecer esto el «coco de los esclavos de Nabuco» en versión rural. Bueno, y ¿veis algún remedio?

—Primero sería cuestión de controlar el precio de los arrendamientos, por ejemplo ajustándolos al precio de las contribuciones. Segundo, fácil y muy importante, establecer ese día de mercado y tercero, fundamental, que el ganadero pueda llevar directamente las reses al matadero, con menos gastos y mayor garantía sanitaria. Para ello sería necesario que existiesen mataderos gestionados por ganaderos.

—Ahora, con la nueva carretera y, sobre todo, con la «Directísima» esa última posibilidad podría no ser tan remota. ¿Tú crees que habría suficientes ganaderos dispuestos a formar una cooperativa o algo así?

—Yo estoy seguro, porque nuestra supervivencia como profesionales de este tema está en juego.

—Pues ya está dicho. A moverse, hermanos, o vamos a acabar siendo todos vegetarianos.

LUIS NOCI UZURIAGA